

Y yo también ¡oh Jesús, mi Rey divino! henchida el alma de alegría y de esperanza, feliz por vuestra gloria, os obedezco y me retiro allí donde vuestra voluntad me llama. Yo me elevo desde ahora sobre todas las cosas de esta tierra, y quiero que todos mis pensamientos y todos mis actos sean para el Cielo: *Ubi Christus est in dextera Dei sedens* (2). Yo me consagro á los trabajos y al sufrimiento, que son en este mundo la porción de vuestros ministros, después de haber sido la vuestra; y espero pacientemente la dicha que Vos les reserváis al fin de los tiempos en vuestra triunfante y última ascensión.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Últimos preparativos para el misterio de la Ascensión.*—Habiendo llegado el cuadragésimo día, Jesús se aparece á sus discípulos reunidos en el Cenáculo, come con ellos y les anuncia que va á subir al Cielo. Impresión que hace sobre ellos y principalmente sobre María esa palabra de partida. Después de haberlos consolado, les manda ir al monte de los Olivos, donde se les aparece de nuevo.

PUNTO SEGUNDO.—*Cumplimiento del misterio de la Ascensión.*—Jesús se despide de su Madre; todos los discípulos se postran y se deshacen en lágrimas... Entonces comienza Él á elevarse por su propia virtud... Últimas palabras que le dirigen María y los discípulos. Y Él, bendiciéndolos, se eleva triunfante por los cielos. Todas las órdenes de los espíritus bienaventurados vienen á encontrarle y le acompañan haciendo resonar el aire con sus cánticos. Una nube lo ha ocultado á las miradas; y todos los espectadores tienen aún los ojos fijos en el Cielo. Es necesario que dos ángeles vengan á sacarlos de su éxtasis. Solamente entonces descienden de

similiter apostoli, Magdalena et omnes alii dixerunt eis. Illis itaque disparentibus, ipsi redierunt in civitatem ad montem Sion, ibique morabantur expectantes, ut Dominus Jesus mandaverat eis.

(2) Col., III, 1,

la montaña y regresan á Jerusalén. Y yo también, ¡oh Rey mío! me entrego á los trabajos y á los sufrimientos. Para Vos y para vuestros ministros ese es el único camino que lleva al Cielo.

MEDITACIÓN LXVI

Motivos de alegría que ofrece al buen Sacerdote el misterio de la Ascensión.

- I. La glorificación de Jesucristo.
- II. La del ministerio sacerdotal.
- III. La gloria prometida al buen Sacerdote,

PUNTO I

El Salvador glorificado en su Ascensión

San Lucas termina el relato de este misterio con estas palabras que son también las últimas de su Evangelio: *Et ipsi adorantes regressi sunt in Jerusalem cum gaudio magno. Gaudebant apostoli propter Domini sui glorificationem, propter diaboli humiliationem, propter judæorum confusionem, propter generis humani factam redemptionem, propter angelicæ ruinæ reparationem* (1). Nosotros consideramos en este momento el primero de los motivos de alegría para el buen Sacerdote; es decir: la glorificación de Jesucristo.

Los Apóstoles nunca habían conocido tan perfectamente á su Maestro como lo conocieron después de su Resurrección. ¡Qué nuevos rasgos les había revelado en sus varias apariciones y circunstancias de su Ascensión, no sólo de su poder sino también de su bondad y afecto para con ellos! Su alegría era proporcionada á su amor; la felicidad de Jesús hacia la

(1) Hugo, cardin., in Luc.

felicidad de ellos. Sin embargo, los Apóstoles no habían visto sino la menor parte de su gloria; pues que la nube había ocultado á sus miradas la parte celestial del triunfo. Pero lo que habían visto, abría un vasto campo á sus meditaciones: «El Señor, dice San Buenaventura, seguido de la bienaventurada y magnífica escolta que le acompañaba, abre las puertas del Paraíso, cerradas hasta entonces para el género humano, y entra triunfante en la Gloria: doblando la rodilla delante de su Padre, le da gracias por la victoria que ha obtenido sobre el infierno, y le presenta los cautivos cuyas cadenas había roto; y después añade: Yo he prometido á mis hermanos que he dejado en el mundo, enviarles el Espíritu Santo; os ruego Padre mío, que cumpláis mi promesa. Entonces el Padre, levantándose, hace sentar á su derecha al Hijo querido, que tan noblemente ha cumplido sus grandes designios y procurándole tanta gloria, y le dice que ya le ha dado todo poder y todo juicio; que puede disponer á su gusto de todas las cosas y de la misión del Espíritu Santo». A continuación el piadoso doctor se imagina ver á los santos patriarcas, á los profetas, á todos los justos introducidos en el Reino eterno; y los nueve coros de los ángeles viniendo sucesivamente á celebrar las alabanzas del Divino Rey y á ofrecerle sus homenajes: *Omnes exultant, omnes lætantur, omnes cantant, omnes gaudent, omnes jubillant, omnes manibus plaudunt, omnes chorizant, omnes jucundantur, omnes tripudiant.* Entonces es cuando verdaderamente en la Santa Jerusalén resuena por todas partes el cántico de alegría, donde se escucha el *Alleluja* triunfador (1). Jamás, desde el origen del mundo, hubo en el Cielo una tal fiesta; jamás habrá tampoco en él nada que pueda serle comparable, á no ser tal vez el día del juicio cuando los elegidos penetren en el Paraíso con sus cuerpos gloriosos. Y esto es, dice todavía San Buenaventura, lo que distingue tanto esta solemnidad

(1) *Vere nunc in superna Hierusalem auditur canticum lætitiæ, et per omnes vicos ejus ab universis dicitur: Alleluja.* (S. Bonav.)

de la mayor parte de las otras, La Encarnación del Hijo de Dios, su Natividad, su Pasión.... son seguramente fiestas muy grandes; pero son fiestas para nosotros y no para El, que no encontró en esos misterios más que humillación, pobreza, sufrimiento.... su Resurrección es fiesta más grande tanto para El como para nosotros; porque El triunfó en ella de la muerte, y nosotros hemos sido en ella justificados; pero á pesar de ese triunfo, todavía no está Jesús sentado á la derecha de su Padre sobre el trono de su gloria: á pesar de nuestra justificación, el Cielo permanece todavía cerrado para nosotros. Pero todas esas cosas han tenido cumplimiento el día de su Ascensión.... Sin ese misterio la gloria del Redentor habría quedado imperfecta. Por tanto, el alma que ama sinceramente á Jesucristo debe alegrarse en ese día más que en todos los otros del año. Por esto ese buen Maestro decía á sus discípulos: «Si vosotros me amarais os alegraríais porque Yo voy al Padre» (1). Pero hay en estas fiestas un motivo de alegría particular para los Sacerdotes.

PUNTO II

El ministerio sacerdotal glorificado en el misterio de la Ascensión

San Pablo une la Ascensión de Jesucristo con la dignidad de su sacerdocio: *Præcursor pro nobis introivit Jesus, secundum ordinem Melchisedech, pontifex factus in æternum* (2). El ha entrado en el Cielo para reinar á la derecha de su Padre y para ejercer eternamente en nuestro provecho las funciones de mediador y de pontífice: *Novi Testamenti mediator est..., ut repromissionem accipiant qui vocati sunt æternæ hæreditatis. Unde et salvare in perpetuum potest acce-*

(1) *Anima que bene diligeret Dominum Jesum magis hodie exultaret, quam in aliquo die anni. Unde ipse dicebat discipulis suis: Si diligeretis me, gauderetis utique, quia vado ad Patrem...* (S. Bonav.)

(2) Hebr., VI, 20.

centes per semetipsum ad Deum, semper vivens ad interpellandum pro nobis (1). ¡Oh, Sacerdotes! Vosotros sois los ministros de ese gran Rey: *Sic nos existimet homo ut ministros Christi* (2). Vosotros sois los vicarios de ese divino Pontífice: es el Concilio de Trento el que os da un título tan hermoso: *Dominus noster Jesus Christus, e terris ascensurus ad caelos, sacerdotes sui ipsius vicarios reliquit* (3). Vosotros ejercéis sobre la tierra el mismo sacerdocio que El ejerce en el Cielo. Por vosotros y con vosotros El adora, ruega, se inmola y negocia la paz y la salvación del mundo entero. ¡Y de qué favores gozáis en consecuencia de ese augusto ministerio! Jesús os establece como un *alter ego*: *Qui vos audit me audit*. El os confía el cuidado de su gloria, los tesoros de su gracia, dejándoos la honra de distribuirlos á su pueblo. Vosotros disponéis de su poder; abris y nadie cierra; cerráis y nadie puede abrir: *Quaecumque alligaveritis super terram, erunt ligata et in caelo; et quaecumque solveritis super terram, erunt soluta et in caelo*. Aquél que se ha elevado á lo más alto de los Cielos, desciende todos los días á vuestras manos; os permite tocarle, tomarle por alimento, darle á los demás..... Y, ¿qué decir de la recompensa que os reserva? *Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus*.

PUNTO III

Gloria que promete al buen Sacerdote el misterio de la Ascensión

El ministerio sacerdotal no es más que una larga inmolación de sí mismo, una aceptación de todo género de penas por la causa de Dios y de las almas. Nada hay que más espante á la naturaleza; pero ¡á qué término tan glorioso nos lleva ese ministerio! Jesús escoge para lugar de su triunfo el que fué teatro de sus humillaciones. Sus discípulos le han

- (1) Hebr., passim.
- (2) I Cor., IV, 1.
- (3) Sess, 14, c. V.

visto agonizante al pie del monte de los Olivos; pues bien, desde la cima de esa montaña, ellos le ven elevarse al Cielo. El quiere que se penetren profundamente de este pensamiento: que no hay proporción entre las aflicciones del tiempo y las alegrías de la eternidad (1).... Compárese, en efecto, á Jesús paciente con Jesús triunfante. Hé aquí que va á ser reconocido y proclamado Señor del mundo, Rey inmortal de todos los siglos.... ¡Los rayos de su gloria han hecho desaparecer sus contusiones! ¡Qué triunfo en compensación de sus humillaciones; qué torrentes de delicias por cada una de sus lágrimas! ¿Y qué es una nación rebelde que osó decir: *Nobis hunc regnare super nos*, si se la compara con el universo todo, donde la palabra de Jesucristo anunciada, sus beneficios publicados van á someterle tantas naciones? ¡Qué de sinceros homenajes y profundas adoraciones en cambio de vanos desprecios y ultrajes insensatos! ¡Cuántos altares por una Cruz! ¡Cuántos templos por un Calvario! Mas, donde el espíritu humano se pierde y no encuentra proporción alguna entre el camino y el término, es tocante á la duración: algunas horas, algunos días, todo lo más, algunos años en las tristezas y los combates; una eternidad en el reposo, en la alegría y en el triunfo. De ahí procede la intrepidez de sus Apóstoles que después de la Ascensión del Salvador miran con sangre fría los suplicios que se les prepara; de ahí el celo ardiente con que van á predicar el Evangelio: *Illi autem praedicaverunt ubique*. Es que no pierden nunca de vista, dice San Pablo, el espectáculo de que han sido testigos: han visto á Jesús mucho más glorificado de lo que había sido antes humillado: «*Aspicientes in auctorem fidei et consummatorem Jesum, qui, proposito sibi gaudio, sustinuit crucem, confusione contempta* (2). También yo, ¡oh Salvador mío! quiero sacar de allí mis consuelos y mi fuerza: *Vivit*.

- (1) *Non sunt condignae passionis hujus temporis ad futuram gloriam que revelabitur in nobis.* (Rom., VIII, 18.)
- (2) Hebr., XII, 2.

Dominus, non derelinquam te. ¡Demasiado dichoso soy sufriendo por Vos en este mundo, puesto que á ese precio os dignáis prometerme vuestra eterna bienaventuranza en el otro!

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El Salvador glorificado en su Ascensión.*—San Buenaventura nos representa á Jesucristo abriendo las puertas del Cielo y entrando triunfante en él. ¡Qué acogida recibe allí de su adorable Padre, cuyos designios cumplió tan perfectamente! Los otros misterios del Salvador, su Encarnación, su Natividad, son grandes fiestas más para nosotros que para El; puesto que esos misterios no le han procurado más que humillaciones y sufrimientos: su misma Resurrección no le había hecho todavía sentarse sobre el trono de su gloria. Su Ascensión dió la última mano á la gran obra de la Redención. Este día es, pues, el de mayor alegría para Jesucristo y para toda alma que le ama sinceramente.

PUNTO SEGUNDO.—*El ministerio sacerdotal glorificado en el misterio de la Ascensión.*—San Pablo junta la Ascensión de Jesucristo con la dignidad de su sacerdocio. El ha entrado en el Cielo para desempeñar allí eternamente en nuestro favor las funciones de Pontífice! ¡Oh Sacerdotes! Vosotros sois los vicarios de este Pontífice! Para vosotros y con vosotros Él adora, ruega, se inmola... Él os confía los intereses de su gloria... ¿Qué decir de la recompensa que os reserva?

PUNTO TERCERO.—*Gloria que promete al buen Sacerdote el misterio de la Ascensión.*—El Salvador escoge para teatro de su triunfo el mismo lugar de sus humillaciones. El quiere penetrarnos de este pensamiento: que no hay proporción entre las aficciones del tiempo y las alegrías de la eternidad. Contemplemos á nuestro Jefe. ¡Qué triunfo por sus humillaciones! ¡Qué de templos por un Calvario! Por eso los Apóstoles no carecieron de valor después de la Ascensión. En este recuerdo, y en mi amor á Vos, buscaré desde ahora mi consuelo y mi fuerza.

MEDITACIÓN LXVII

El buen Sacerdote se prepara á la fiesta de Pentecostés desean lo vivamente la visita del Espíritu Santo.

La fe que nos revela el misterio de la esencia divina, parece descubrirnos en ella el misterio del amor de Dios para con nosotros; puesto que allí nos muestra á las tres Personas de la adorable Trinidad, ocupándose, por decirlo así, continuamente de la felicidad del hombre en modo particular. Por nuestro amor crió la omnipotencia del Padre todas las cosas; y por nuestro amor las conserva y dirige su Providencia. Por amor á los hombres el Hijo es Salvador; y por ellos también el Espíritu Santo completa con su gracia la obra de la santificación. Es, pues, muy justo que obsequiemos de un modo particular á cada una de las tres Personas por los beneficios que de Ellas recibimos. El tiempo de Pentecostés ha sido establecido y determinado por la Iglesia para honrar en modo especial al Espíritu Santo. El es quien inspira á la Iglesia de Jesucristo las piadosas devociones que ella manda ó recomienda. Y nosotros gestimamos como debemos y practicamos bastante esta devoción que tiene por objeto al Espíritu Santo mismo?

El buen Sacerdote se conforma con la recomendación que Jesucristo hizo á sus Apóstoles al dejarlos: *Præcepit eis ab Jerosolymis ne discederent, sed expectarent promissionem Patris* (1); desde la Ascensión hasta Pentecostés él no sale nunca de Jerusalén; por cuanto le es posible mora en el santuario de su alma, siempre esperando que se cumpla la promesa. Desearo ardientemente la visita del Espíritu Santo, le llama con frecuentes aspiraciones: *Veni, Creator*

(1) Act., I, 4.

Spiritus, mentes tuorum visita. Veamos cuales son los motivos que excitan en él tan santos deseos.

I. La grandeza de los bienes que espera de esa visita.

II. La esperanza de obtenerlos si se prepara bien.

III. El sentimiento profundo de su propia necesidad.

PUNTO I

La grandeza de los bienes que trae al alma la visita del Espíritu Santo es el primer motivo para desearla con ardor

No es la fiesta de Pentecostés, dice Bourdaloue, como las otras fiestas del año que se limitan á recordarnos un misterio cumplido de una vez para siempre; esta fiesta es, con relación á nosotros, cuando estamos bien preparados, la renovación del misterio mismo. «El mismo Espíritu que descendió visiblemente sobre los Apóstoles, desciende aún actual y verdaderamente sobre nosotros, no con el mismo esplendor ni con los mismos prodigios, mas con los mismos efectos de conversión y de santificación (1). El nos purifica, nos ilumina, nos abrasa con su santo amor... nos pone en estado de realizar todos los designios de la misericordia del Señor para nuestra salvación y la de nuestros hermanos. Es el don de Dios por excelencia; *donum Dei*. ¿Mas qué? ¿Dios no nos ha dado ya su Hijo, y en Él todos los bienes? Sí; pero ese don inapreciable, es el Espíritu Santo quien nos lo hace conocer, quien, en cierta manera, nos lo entrega por la Fe, la Esperanza y la Caridad, de las cuales Él es el principio en nosotros que nos pone en posesión de Jesucristo. El nos aplica sus méritos, nos convierte en miembros suyos, nos comunica su vida, imprimiendo

(1) Exordio del Sermón de Pentecostés.

de esta manera su sello á nuestra redención, completada por El mismo.

Yo me represento á ese adorable Espíritu en un alma justa, como un raudal de vida, que por siete admirables canales se reparte sobre todas sus potencias y les hace producir los frutos de las virtudes más excelentes: esos son los dones del Espíritu Santo. ¡Cuán preciosos son ellos, sobre todo, para un Sacerdote y un pastor! San Pedro los caracteriza, diciendo de ellos: *Maxima et pretiosa nobis promissa donavit*. El los llama *promissa*, porque por una parte son el grande objeto de las promesas divinas; y por otra, son las prendas de la gloria que nos está prometida. Los llama *maxima et pretiosa*; y nos da de eso una razón convincente al afirmar que ellos nos hacen participar de la naturaleza divina: *Ut per haec efficiamini divinae consortes naturae?* (1).

Es un temor filial que hace al alma tímida y delicada en materia de infidelidad, y le inspira un sumo respeto hacia la Divina Majestad. Es un gozo espiritual que la *piEDAD* nos hace gustar en todos los ejercicios que miran á la honra y servicio de Dios: en la oración, en el canto de los salmos, etc. Es un valor, una *fortaleza* que nos eleva por encima de todos los bienes y los males de la vida presente y nos hace capaces de los más generosos sacrificios (2). Hé ahí los tres dones que perfeccionan la voluntad; los otros cuatro que obran de una manera inmediata sobre el entendimiento, pueden ser comparados, dice un piadoso autor, (3) con cuatro lenguas de fuego de las que el Espíritu Santo se vale para instruirnos y dirigirnos. El nos habla, ya como un amigo que aconseja á su amigo en las circunstancias difíciles de la vida, abriéndole una maravillosa salida á través de obstáculos que parecen á

(1) II Petr., I, 1.

(2) *Amat ardet, fervet; calcat omnia quæ delectant, et transit; venit ad aspera, horrentia, triculenta, imminetia...*, *calcat frangit et transit*. (S. Aug.)

(3) P. Nouet.

veces insuperables; ya como un amo que nos enseña la más noble de todas las ciencias, la *ciencia* de los santos, con la que nosotros juzgamos realmente todas las cosas, dándoles el grado preciso de estima ó menosprecio que les conviene. Por medio de esa antorcha, se ve claramente la nada de todo lo que pasa; hállase en la pobreza el precio de un Reino eterno; en las enfermedades del cuerpo, la salvación del alma; y en la muerte misma, un dichoso nacimiento para la inmortalidad. El don de *sabiduría* nos preserva de la horrible locura de los pecadores en lo concerniente á la salvación; retira nuestras afecciones de las criaturas para dirigir las á Dios; y eleva nuestros corazones de la tierra al Cielo: *Quæ sursum sunt sapite, non quæ super terram* (1) El don de *entendimiento* nos hace penetrar los misterios, iluminándonos con una luz tan viva que la fe rompe la nube; se ve, por decirlo así, lo que se cree. Quita toda la oscuridad á esas verdades prácticas que crucifican la naturaleza, como son la abnegación, el amor de la cruz; nos hace comprender cómo puede encontrarse la felicidad en los sufrimientos; el honor, en los desprecios; y cómo los santos son los únicos que entienden bien el amor de sí mismo. ¡Oh Sacerdotes! Vosotros habéis recibido el Espíritu Santo; pero ¿poseéis con abundancia esos dones? Si por demasiado tiempo lo habéis obligado á no repartir entre vosotros sus dones sino en corta medida, ¿qué tardáis? ¿Por qué no buscáis con anhelo un bien tan grande? Y, buscándole en ocasión de esta solemnidad ¿lo encontraréis fácilmente? Sí, sin duda alguna; y esto es lo que debe añadir un nuevo ardor á vuestros deseos.

(1) Col., III, 2.

PUNTO II

La esperanza cierta de obtener la visita del Espíritu Santo

Esa esperanza está fundada en la naturaleza misma del Espíritu Santo, en derechos incontestables, en las promesas más positivas.

Lo que es bueno, dice Santo Tomás, busca difundirse y comunicarse: *Bonum dicitur diffusivum sui*. Ahora bien; el Espíritu Santo es la Bondad misma, es en alguna manera el corazón de Dios, *cujus natura bonitas*. Por El el Padre y el Hijo se aman recíprocamente y nos aman á nosotros; á El se le atribuyen las obras de amor y caridad. Lejos de ser avaro de sus tesoros; no cesa de ofrecerlos, y su alegría consiste en derramarlos sobre nosotros. ¿Por qué llama El á la puerta de nuestros corazones sino porque desea entrar en ellos? *Si quis audierit vocem meam, et aperuerit mihi januam, intrabo ad illum* (1). Se puede decir que El nos ruega que le supliquemos; porque el pensamiento y la voluntad que tenemos de dirigirle nuestras peticiones vienen de El. Hace más todavía: El ruega en nosotros y por nosotros con gemidos inenarrables (2). ¿Cómo podrá, pues, rechazar las oraciones que El mismo promueve é inspira?

Por otra parte ¿qué hacemos nosotros cuando pedimos al Espíritu Santo? Reclamamos un bien que nos pertenece. Nos ha sido adquirido por los trabajos, sufrimientos y muerte del Hijo de Dios; nuestros derechos son por consiguiente ciertos. Aun hay más, nosotros tenemos promesas que no nos pueden engañar. Sin hablar de muchas otras, reflexionemos sobre la que se encierra en este razonamiento del Salvador, referido por San Lucas: «Vosotros estáis llenos de defectos, dice á los judíos, tenéis mal corazón; y sin embargo sabéis dar á vuestros hijos cosas buenas. Vuestro Padre Celestial es

(1) Apoc., III, 20.

(2) *Ipsc Spiritus postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus*. (Rom., VIII, 26.)

un abismo de perfección, es esencial é infinitamente bueno: y ¿cómo queréis que niegue el Espíritu bueno á los que se lo piden? *Si vos cum sitis mali, nostis bona data dare filiis vestris, quanto magis Pater vester de caelo dabit spiritum bonum petentibus se?*» (1) Así es que el Sacerdote fiel espera con confianza, al mismo tiempo que solicita con ardor la venida del Espíritu Santo á su alma: *Veni, Creator, Spiritus, mentes tuorum visita.*

PUNTO III

El sentimiento profundo de la necesidad que él tiene de esa visita

Tanto para sí mismo como en favor de su ministerio. El conoce la indigencia de su naturaleza que no tiene de suyo más que la ignorancia y el pecado; y sabe que por sí mismo no puede absolutamente nada en el orden de la salvación: *Nemo potest dicere, Dominus Jesus, nisi in Spiritu Sancto* (2). ¡Oh, cuán tarde se le hace el verse revestido de esa fuerza de lo alto, sola capaz de ayudar eficazmente nuestra debible flaqueza! *Spiritus adjuvat infirmitatem nostram!* (3) Debilidad del entendimiento que tiene tan poca aptitud para entender las verdades eternas; debilidad de la voluntad que no encuentra en sí misma más que inclinaciones opuestas á la verdad; debilidad de la memoria que olvida á Dios tan fácilmente; debilidad para la acción, debilidad para el sufrimiento, debilidad para la oración, puesto que nosotros no sabemos, ni lo que es necesario pedir, ni cómo debemos pedirlo.

Pero si todo fiel tiene necesidad de recibir para sí mismo los dones del Espíritu Santo: *Reple tuorum corda fidelium*, ¿con qué abundancia deberá poseerlos

- (1) Luc., XI, 13.
- (2) I Cor., XII, 3.
- (3) Rom., VIII, 26.

aquél á quien están impuestas las obligaciones del sacerdocio? El oficio del Sacerdote, dice San Ambrosio, se confunde con el del Espíritu Santo: *Munus Spiritus sancti, officium sacerdotis* (1). Todo Sacerdote debe ser paráclito en las tres significaciones de esa palabra: un hombre que intercede, que exhorta y que sostiene ó reanima el valor. El Espíritu Santo en sus divinas operaciones con la Iglesia, se sirve del Sacerdote, de su palabra, de los Sacramentos que administra, de las gracias obtenidas por su oración. Y es por el Espíritu Santo por quien el Sacerdote es luz del mundo, sal de la tierra: y sobre todo por El es, por quien el Sacerdote es consolador del que llora: *Spiritus Domini super me...., ut consolaretur omnes lugentes* (2).—*Consolatur nos in omni tribulatione nostra, ut possimus et ipsi consolari eos qui in omni pressura sunt* (3). Excitad y conservad en vosotros un deseo ardiente de recibir la plenitud de las gracias del Espíritu Santo. No os podréis disponer mejor para las fiestas de Pentecostés: *Sitit sitiri*, dice San Gregorio Nazianceno: Hé ahí el corazón de Dios... Aunque es infinito, nosotros podemos sin embargo hacer de modo que El sea deudor nuestro. ¿Cómo? Rogándole que con sus favores nos haga deudores suyos. Si; porque mucho mayor es el gusto que El experimenta en dar que nosotros en recibir (4).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Grandeza de los bienes que trae consigo la visita del Espíritu Santo.*—Esta fiesta, para las almas bien preparadas, es la renovación del misterio de Pentecostés. El Espíritu Santo es el don de Dios por excelencia; nos aplica los méritos de Jesucristo, nos constituye sus miembros, nos comunica su vida. Es como un raudal divino que se reparte en

- (1) *De panit.*, l. I, c. II.
- (2) Is., LXL, 1, 2.
- (3) II. Cor., I, 4.
- (4) Boss. *Serm. sur la Visitat.*

el alma por siete admirables canales: éstos son los siete Donnes del Espíritu Santo. Tres de ellos perfeccionan la voluntad: el temor, la piedad y la fortaleza. Los otros cuatro que son el consejo, la ciencia, la sabiduría y la inteligencia obran de una manera inmediata sobre el entendimiento.

PUNTO SEGUNDO.—*La esperanza cierta de obtener la visita del Espíritu Santo.*—Está fundada sobre la naturaleza misma del Espíritu Santo, sobre los derechos más incontestables y las promesas más infalibles. Lo que es bueno busca comunicarse: ahora bien, el Espíritu Santo es la Bondad misma: es como el corazón de Dios. Además; al pedirlo, nosotros reclamamos un bien que nos pertenece. El nos fué adquirido por la muerte de Jesucristo. Por último; tenemos promesas que no pueden engañarnos.

PUNTO TERCERO.—*El Sentimiento profundo de la necesidad que nosotros tenemos de Él.*—Por nosotros mismos no podemos absolutamente nada en el orden de la salvación. Sólo el Espíritu Santo puede ayudar eficazmente nuestra debilidad... Deseémosle ardientemente: Dios tiene sed de nuestra sed: le hacemos deudor hacia nosotros, rogándole que nos haga deudores hacia Él.

MEDITACIÓN LXVIII

Conducta del buen Sacerdote en los días que preceden á la fiesta de Pentecostés

- I. El buen Sacerdote quita los obstáculos que podrían alejar al Espíritu Santo.
- II. Pone los medios para atraerlo.

PUNTO I

Quitar lo que podía ser obstáculo para la venida y el reinado del Espíritu Santo en nosotros: el pecado, el espíritu mundano, los afectos sensuales ó demasiado humanos

1.º El pecado es el gran enemigo del Espíritu Santo; le contrista (1) y hasta le obliga á retirarnos

(1) *Nolite contristare Spiritum sanctum Dei.* (Eph., IV, 30.)

su luz (1); debilita, cuando no destruye la caridad que ese divino Espíritu había derramado sobre nosotros; y contraría todos sus designios (2). Nuestro primer cuidado en estos días de preparación será, pues, combatir el pecado cuya mancha no puede conciliarse con la infinita pureza de Aquél que es como la personificación de la santidad. Nuestros corazones son los vasos destinados para recibir el licor precioso de la gracia: comencemos por purificarlos, nos dice San Agustín: *Vas es, sed adhuc plenus es....., funde, ut implearis; bono implendus es, funde malum. Putas quia nelle vult te Deus implere, si aceto plenus es?* (3). El arrepentimiento que nos inspira es como el primer paso que el Espíritu Santo da hacia nosotros á fin de disponernos para su visita. Nosotros le hemos afligido con nuestra ingratitud; y El nos aflige con saludables remordimientos. Abre lo ojos de nuestra alma que no veía, ó tenía por muy poca cosa sus infidelidades. El reprocha al Sacerdote, su ministro y amigo, la facilidad con que se permite tantas ofensas á Dios, so pretexto de que son ligeras. Recordándole toda una vida llena de negligencia, ya que no de crímenes, le pregunta si las faltas que comete ahora, después de tantos perdones, no deberían partirle el corazón. Le excita de este modo á lavar sus faltas con sus lágrimas: *Cum a Spiritu sancto mens visitatur, statim peccata sua plorat* (4).

2.º El espíritu del mundo es otro obstáculo para la presencia y el reinado del Espíritu Santo. ¿Qué alianza puede haber entre la luz y las tinieblas, (5) la verdad y la mentira? Hé aquí por qué el Salvador rogando á su Padre que enviara el Espíritu Santo á sus discípulos, para santificarlos en la verdad, *Sanctifica eos in veritate* (6), le representa que ellos no

(1) *Spiritum nolite extinguere.* (I Thess., V, 19.)

(2) *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum sanctum.* (Rom., V, 5.)

(3) In Psal. 10.

(4) S. Bern.

(5) *Quae societas luci ad tenebras?* (II Cor., VI, 14.)

(6) Joan., XVII, 17.